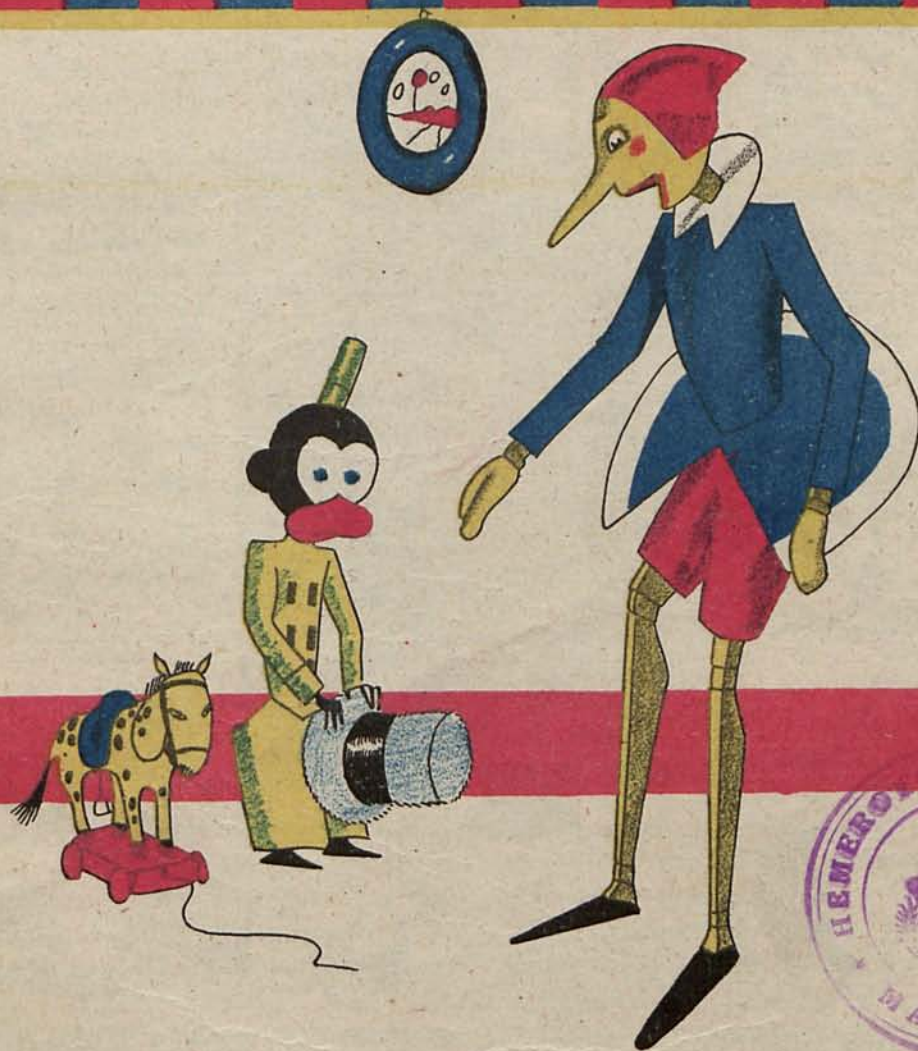


PINOCHO

AÑO. III
NUM. 142

25 cts

6 NOVIEMBRE
1927



- OYE CURRINCHE ¿A QUE NO SABES QUE DEBE
HACER UNO CUANDO SE VE PERSEGUIDO?
¿EL QUÈ?
¡PUES NO QUITARSE EL SOMBRERO PARA NO
SER DESCUBIERTO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL BUQUE FANTASMA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

debía lanzar al viento los proyectos concebidos por el capitán para descubrir el misterio que envolvía aquel barco.

El viento nos llevaba hacia Poniente, mientras que aquel barco se había alejado hacia Levante y no parecía que tuviese que cambiar de dirección.

Las ráfagas sucedían a las ráfagas, sacudiendo fuertemente nuestra arboladura, amenazando desgarrar las pocas velas que habíamos conservado tendidas para dar la mayor estabilidad posible a nuestro barco.

Las olas, en vez de disminuir, alzábanse de cada vez más, con rugidos espantosos, y nos caían encima a babor y estribor, levantándonos y hundiéndonos.

Preocupados por la creciente furia de la tormenta, habíamos casi olvidado la nave misteriosa, cuando hacia las dos de la mañana, a la luz de un relámpago, la volvimos a ver de nuevo.

No podíamos engañarnos. Era el mismo barco, todo negro, con solo las velas bajas, desplegadas al viento, y el hombre colgado, balanceándose en una verga.

Un grito de estupor y de terror escapóse de todos los labios, mientras el capitán fruncía el entrecejo.

¿Cómo era posible que aquel barco que habíamos encontrado con rumbo a Oriente y que parecía no llevar a bordo alma viviente, había cambiado su dirección hacia Occidente?

Aunque sus velas estaban a merced del viento, y por una prodigiosa casualidad estaba en lo posible que hubiera podido hacer cambiar el rumbo del barco, sin embargo, la cosa parecía tan extraña, que nos produjo una impresión inmensa.

—¡Es la nave del diablo! —había exclamado el contramaestre, mientras cubría su rostro una palidez cadavérica—. Os digo, muchachos, que nos traerá mala suerte y nos mandará a todos a hacer compañía a los peces.

—¡Es el buque fantasma del *Holandés*! —gritó un marinero, persignándose—. ¡Si choca con nosotros, se nos llevará nuestra alma...

El capitán, temiendo que aquellas palabras influyesen siniestramente en los ánimos, ya de por sí supersticiosos en extremo de los marineros, había bajado del puente, gritando:

—¡Silencio! ¡Al que hable le pondré en la barral ¡Pronto a vuestra obligación!

Como hombre verdaderamente valiente, el capitán había tomado con rapidez su determinación.

—Descubriremos ese misterio —había dicho—. Daremos caza a la nave y seguiremos tras ella, aunque tuviésemos que atravesar el Atlántico.

Habíamos cambiado de rumbo, volviendo proa a Oriente.

El barco misterioso encontrábase a una milla de distancia y seguía su desordenada carrera, inclinada hacia estribor. Daba frecuentes saltos, desviándose ora hacia el Sur, ora hacia el Norte, según que sus velas y su timón sufriesen la influencia del viento y de las olas.

Estábamos ya convencidos de que no llevaba nadie a bordo, porque de otro modo habría mantenido un rumbo más regular.

La persecución no era, sin embargo, fácil por continuar la tormenta, y no había que pensar de momento en abordarla.

Si nos hubiésemos acercado a ella, las olas nos habrían destrozado.

Era preciso, pues, esperar que el huracán se calmase y que las olas disminuyesen para permitirnos echar al agua los botes.

Toda la noche la pasamos siguiendo al barco en su carrera caprichosa. Los marineros empezaban a tranquilizarse porque, a sus ojos inclusive, aquel barco no tenía el aspecto de la legendaria nave del *Holandés*, sino el de un buque abandonado por sus tripulantes.





No obstante, seguían todos impresionados a causa de aquel hombre colgado, balanceándose en el contramastelero del juanete.

Al amanecer habíamos ganado ya más de tres cables; pero el estado del mar impedía acercarnos al barco, aunque el viento hubiese disminuído notablemente y las olas se calmasen poco a poco.

Al ponerse el sol, el capitán dió la orden de echar al agua el bote grande para abordar la nave misteriosa.

Nos metimos en él, junto con diez marineros, llevando garfios de abordaje y antorchas, y empezamos a bajar, mientras el barco bordeaba a corta distancia para correr en socorro nuestro en caso de que las olas nos hiciesen zozobrar.

El mar no se había calmado por completo y nuestro bote daba fuertes tumbos, ya subiendo a las espumeantes crestas de las olas, ya bajando velozmente a los abismos.

Por fin, triunfó la habilidad de nuestros marineros, y el bote pudo llegar junto a la nave misteriosa, que daba tumbos con miles de crujidos siniestros entre las olas que la asaltaban.

—¡Echad los garfios! —ordenó el capitán.

Un marinero, abandonando el remo, cogió los garfios, que iban atados a una fuerte cuerda, y los lanzó diestramente, enganchándolos en las anclas. El bote acercóse a una escala de cuerda que pendía de la borda de babor, y en seguida el capitán se agarró a ella, seguido por mí y por cuatro marineros provistos de antorchas y armados de pistolas.

Apenas pusimos pie en el puente, un olor pestilente, que parecía salir de la abierta escotilla, nos hizo dar un paso atrás.

—Aquí hay cadáveres —dijo el capitán palideciendo.

—Capitán —dije—, dejemos en paz este barco. Quizá su tripulación haya sido víctima de la fiebre amarilla.

—No —contestó—. Quiero aclarar este misterio. Además, no creo que sea la fiebre amarilla quien haya hecho estragos entre los tripulantes de este barco.

—¿Quién quiere usted que sea?

—No lo sé todavía; pero aquel hombre colgado de la antena hace nacer en mí graves sospechas. Animo; veamos de qué se trata.

Venciendo la repugnancia y tapándonos la nariz, avanzamos hasta la escotilla, que, como decimos, estaba abierta.

Precisamente, de esa abertura salía aquel olor insoportable de carne putrefacta.

Cuando estuvimos junto a la escotilla, un horrible espectáculo ofrecióse a nuestros ojos.

Once hombres yacían en el suelo del entrepuente, uno al lado de otro, con los rostros destrozados por la putrefacción.

Eran diez marineros y un oficial.

—¿Quién puede haber cometido esta carnicería? —preguntó el capitán, acercando una antorcha a la escotilla.

—¿No habrán muerto a consecuencia de alguna enfermedad epidémica? —repliqué.

—¿Tiene usted valor? —me preguntó.

—Así lo creo —contesté, aunque sintiese temblarme las piernas.

—Entonces, bajemos.

—Quizá comete usted una imprudencia —observé.

El capitán, en vez de contestarme, se tapó la nariz con el pañuelo y bajó lentamente, en medio de aquella carnicería humana.

Los demás le seguimos muy a regañadientes.

El capitán observó uno por uno a los cadáveres, los cuales demostraban todos ellos haber sufrido

una larga y atroz agonía, a causa de lo alterado de sus facciones, y con estupor comprobó que ni uno solo de ellos había recibido herida alguna.

—¿Qué dice usted? —me preguntó.

—Tengo una sospecha, capitán.

—¿Cuál?

—¡Que estos hombres han sido envenenados!

—¿Por quién?

—¿Y el hombre colgado? ¿Se ha olvidado usted de él?

—Vamos a registrar los camarotes —dijo el capitán.

Atravesamos la bodega y llegamos a un saloncito.

Tendido en el suelo había otro hombre, el capitán del barco, con la cabeza destrozada de un pistoletazo.

—Aquí se ha cometido un crimen —dije.

—Sí —contestó el capitán—; y la muerte de este desgraciado no debe elevarse a más de tres o cuatro días.

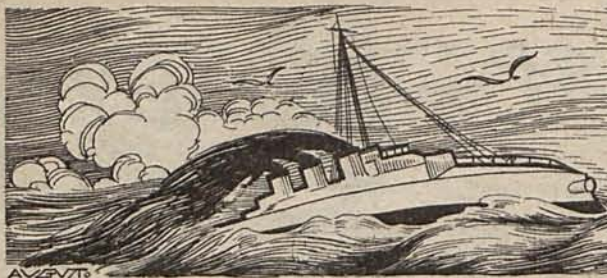
(Continuará en el número próximo.)





DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—¡Cien mil rupias a quien me traiga la cabeza de Kandang, y la tortura a quien le deje escapar!

No era cosa de broma, amigos míos; éstas habían sido sus últimas palabras antes del asalto de la ciudad y no hacía falta nada más para dar ánimo a los tímidos y espanto a los vacilantes.

Los tripulantes de los dos barcos del *arung* estaban, pues, decididos a no regresar al puerto sin el fugitivo príncipe, muerto o vivo.

Desgraciadamente para el destronado rajá, la captura estaba a punto de efectuarse; su barco era veloz, pero pequeño, y llevaba poco repuesto de carbón.

A los dos días de una marcha desesperada empezó a escasear el combustible.

Los del *arung* lo notaron y comenzaron a lanzar gritos frenéticos de triunfo, redoblando su energía.

El capitán holandés empleó el recurso de Fileas-Fogg y mandó quemar cuanto madera había a bordo, logrando éxitos, aunque efímeros.

A la altura de Timor-Laut el valiente marino anunció que se veía obligado a renunciar a la lucha y a someterse a lo que el rajá decidiese.

—Defendámonos —dijo éste con amarga resignación.

—Estoy pronto a ello.

—¿Hay alguien que tenga miedo a la muerte?

Un grito formidable contestó: «¡Viva Kandang!»

Marineros, soldados y oficiales blandieron fieramente las armas.

De los barcos enemigos, que se acercaban uno tras otro, hormigueantes de gente, llegaba un clamor más fuerte: «¡Viva el *arung* vencedor! ¡Viva Sudharah!»

El príncipe Kandang lanzó un grito terrible de rabia y angustia, precipitose hacia uno de los cañones, apuntó un momento y disparó.

Era aquél —¿lo recordáis?— el cañonazo que había interrumpido la conversación entre Rodolfo de Barenval y los cinco rebeldes del torpedero.

VII

Preparativos de lucha.—El triángulo móvil.—Un diálogo fecundo en novedades.—Kandang frente al capitán Barenval.—Un intérprete principesco.—Cómo fue acogida una proposición asombrosa.—¡Justicia, justicia!—Grito terrible.—¿Qué pasaba?

Apenas hubo visto las tres naves, Roberto de Barenval subió al castillo de proa, y apoyándose en el asta de la bandera, se puso a observarlos con ojos atentos.

Detrás de él, emocionados y mudos, estaban sus hombres, inciertos y temerosos de lo que pudiese suceder.

—No son barcos de guerra —dijo el capitán de pronto—. Tranquilizaos.

Un murmullo de alivio siguió a sus palabras.

Barenval se volvió de repente.

—¿Es que os daría miedo un combate? —preguntó.

—No, qué demonio; pero es mejor.

—Basta; espero que ninguno de vosotros hará que me arrepienta de haberle elegido como compañero de aventuras...

Todos se callaron.

—¡Maurical! —llamó el capitán.

—Mi comandante.

—Ve al telégrafo de la máquina y señala que aumenten la velocidad hasta dieciocho nudos.

—Voy en seguida.

—Vuelve aquí.

El joven se alejó.

¿Qué propósitos tenía el jefe de los fugitivos de Nou?

¿Evitar los tres barcos o echarse en medio de ellos?

No nos queda mas que esperar los acontecimientos para poder contestar.

Pocos minutos después volvió Maurical.

—¿Ya está? —preguntó el capitán.

—Escuche.

En aquel momento un temblor más intenso recorrió todos los potentes miembros de acero del torpedero, y el ágil buque de guerra se lanzó hacia adelante con mayor rapidez, partiendo el agua en dos grandes y blancas ondas que después iban ensanchando para desaparecer en el mar.

Era una hermosa tarde nítida, tranquila, llena de sol; el mar, de un turquí muy fuerte; el horizonte, amplio y magnífico, marcado en un punto por la enorme masa de Timorlaut envuelta en aquella neblina azul y ligera que da la lejanía.

En aquella inmensidad las cuatro naves formaban un vasto triángulo que se iba estrechando rápidamente.

En un vértice, el vapor del rajá, inmóvil en espera del choque; más allá, a unos centenares de metros, avanzaban, lentos y amenazadores, para atacar los dos a la vez, los barcos del *arung*, y el tercer vértice lo ocupaba el torpedero.

Rodolfo de Barenval bajó de su puesto de observación, y señalando con el brazo extendido los tres barcos, dijo a su gente:

—Que cada uno corra a armarse de sables, pistolas y carabinas y ocupe su puesto de combate. Creo que hoy el Torpedero de presa justificará el terrible significado de su nombre. ¡En marcha!

Collap, Maurical, los otros fugitivos y los rebeldes ingleses allí presentes, lanzáronse a las escotillas, bajaron a la armería, cogieron las armas que les faltaban y subieron al puente.

Rodolfo de Barenval era un hombre previsor.

En aquellos escasos días de navegación había enseñado a sus compañeros de fuga el manejo de la artillería de a bordo, el ejercicio de tiro de carabina y pistola y la esgrima con los sables potentes y hachas de abordaje.

¡Durante cuatro días qué continuo tiroteo! ¡Cuánto chocar de hierros entre furiosos gritos, alegres risotadas o blasfemias capaces de avergonzar a un mozo de cuerda!

Había habido heridas en la cabeza, huesos machacados

y sin número de rasguños; pero en escaso período de tiempo aquel grupo de malandrines habíase convertido en una partida de hábiles tiradores y espadachines.

El capitán se enorgullecía de ello, y pensaba en el momento en que vería a sus hombres metidos en obra, y, por fin, parecía que aquel momento había llegado.

El valiente joven, al ver a los suyos dispuestos, los repartió hábilmente: unos en las piezas de tiro rápido, otros con las carabinas cargadas y, por último, dirigiéndose a unos marineros ingleses, les gritó:

—¡Preparad los tubos lanzatorpedos!

Y subió al puente de mando, tomando la dirección del barco.

Entretanto el triángulo móvil se estrechaba, con velocidad por parte del torpedero, con lentitud por parte de los demás barcos.

En efecto, el vapor y los dos buques piratas habían advertido la presencia del intruso, que se acercaba deliberadamente y se dirigía a meterse entre ellos, y mientras el rajá y los suyos esperaban su mediación con la esperanza del que tiene el agua al cuello y está a punto de ahogarse y ve al alcance un objeto desconocido, incierto, pero que todavía puede ofrecerle un punto de apoyo, los tripulantes de los barcos del *arung* temían, en cambio, que viniese a quitarles de entre las manos la presa tan encarnizadamente perseguida y que ya estaba a punto de caer en poder suyo.

Los dos barcos del usurpador detuviéronse a poco más de ciento cincuenta yardas del barco del rajá, que había izado en un palo la bandera de la soberanía de Tomini, y sacaron la bandera del *arung* para obligar al torpedero a izar la suya, como es costumbre en buena educación marina.

Pero el torpedero no se dió por aludido. Siguió su carrera, acortó la marcha, giró para colocarse entre los dos barcos del *arung* y el vapor del rajá, presentando a aquéllos la proa con los tubos lanzatorpedos y a éste la popa con las piezas de artillería y se detuvo.

Los malayos habían acallado sus gritos de triunfo y esperaban nerviosos el resultado de tantas maniobras. Kandang, en pie en el puente de su barco, vestido con el espléndido traje de los príncipes orientales, con el turbante blanco coronado de un hermoso penacho rojo, rodeado de sus oficiales, lleno de majestad, parecía asistir más que a un acontecimiento del cual dependía su vida, a una pequeña revista naval.

Rodolfo de Barenval sintióse atraído por la singularidad de aquel grupo, y cogiendo un portavoz preguntó en inglés:

—¡Eh, los del vapor!...

El capitán holandés contestó en seguida, empleando el mismo medio.

—¡A sus órdenes, comandante!

—¿Quién sois?

—Barco de su alteza el rajá Kandang, soberano de Tomini.

—¿De la isla de Celebes.

—Sí.

—¡Demonio! ¡Un príncipe!

—¿Qué dice?

—Nada.

—¿Y vos quién sois?

—El *Amo del mar*.

Ante tal respuesta el holandés se calló sorprendido; consultó brevemente con el rajá y reanudó la conversación:

—No le conocemos.

—Lo creo.

—¿Qué bandera lleva?

—Fijaos bien.

No veo ninguna.

—Pues ya la veréis.

—Explíquese, porque es difícil comprenderle.

—Quizá sea culpa de la distancia; venga a bordo de mi torpedero.

—No puedo abandonar mi puesto si no tengo la garantía absoluta de mi libertad.

El príncipe Kandang escuchaba aquel extraño diálogo con aire grave y pensativo, clavando sus ojos negros, agudos y brillantes en las formas ágiles y potentes de aquel barco de guerra.

De pronto tomó una resolución; acercóse a su capitán, le quitó el portavoz de la mano y acercándose a los labios, gritó:

—El rajá Kandang pide al *Amo del mar* que le reciba a bordo de su gran y potente torpedero.

—Venga, príncipe —contestó Barenval— pues tendré sumo gusto en recibirle.

—El rajá Kandang irá solo para demostrar su confianza al comandante del barco de guerra.

—Como guste.

—Por lo mismo le ruego que le envíe una de sus chalupas.

—Está bien, espérese. — Y el fugitivo de Nou dió órdenes a Collap de echar al agua una embarcación y de abordar, con dos remeros, al vapor.

La distancia entre los cuatro barcos era tan pequeña que la operación se realizó en un momento, a la vista de los malayos, los cuales entre el miedo de tener en el torpedero un nuevo y más temible adversario, el deseo de ponerse en salvo y el pensar en la ira de Sudharah si regresaban a Tomini con las manos vacías sin el fugitivo rajá, muerto o vivo, no sabían qué camino escoger, y todo se les convertía en blandir las armas y rechinar los dientes.

El rajá, conducido por la chalupa de Collap, subió a bordo del torpedero, y se encontró frente al capitán Barenval que le esperaba junto a la escalilla, en actitud altiva, pero cortés.

—Señor —le dijo el infeliz príncipe— no le pregunto su nombre porque no ha querido decirnoslo cuando se lo hemos preguntado, ¿pero sabéis bien quién soy yo?

—Lo adivino por el traje que lleva. Es el rajá Kandang.

—El mismo.

—Para mí es un honor recibirle en mi barco.

—Es usted muy amable. ¿Si le pidiese una conversación a solas habría alguna dificultad en concedérmela?

—Ninguna, príncipe.

—Gracias.

—Sólo le ruego que me permita un momento...

—Haga, haga lo que guste.

Kandang había hablado en un inglés correctísimo que demostraba su exquisita educación europea, cosa nada extraña si se para mientes en que en el gran número de príncipes, más o menos grandes, que marchan a Europa, desde las comarcas más salvajes de Asia y Africa, a sorber el jugo de la civilización en las capitales del viejo mundo.

Rodolfo de Barenval apartóse del rajá con una inclinación de cabeza, dió unos cuantos pasos hacia la proa y cogiendo de nuevo el portavoz, gritó dirigiéndose a los de los dos barcos del *arung*:

—¡Eh, los de a bordo!

En los dos barcos empezó una animada agitación y una voz contestó unas palabras en una lengua incomprensible.

El capitán tuvo un gesto de contrariedad.

—¡Diablo! —exclamó— ¿Cómo entenderse?

Kandang se le acercó, para preguntarle:

—¿No conoce ningún idioma de la isla de Celebes?

—No, príncipe.

—Entonces es imposible que se haga entender por esa gente.

—Me lo temo.

—A menos de que...

—Diga.

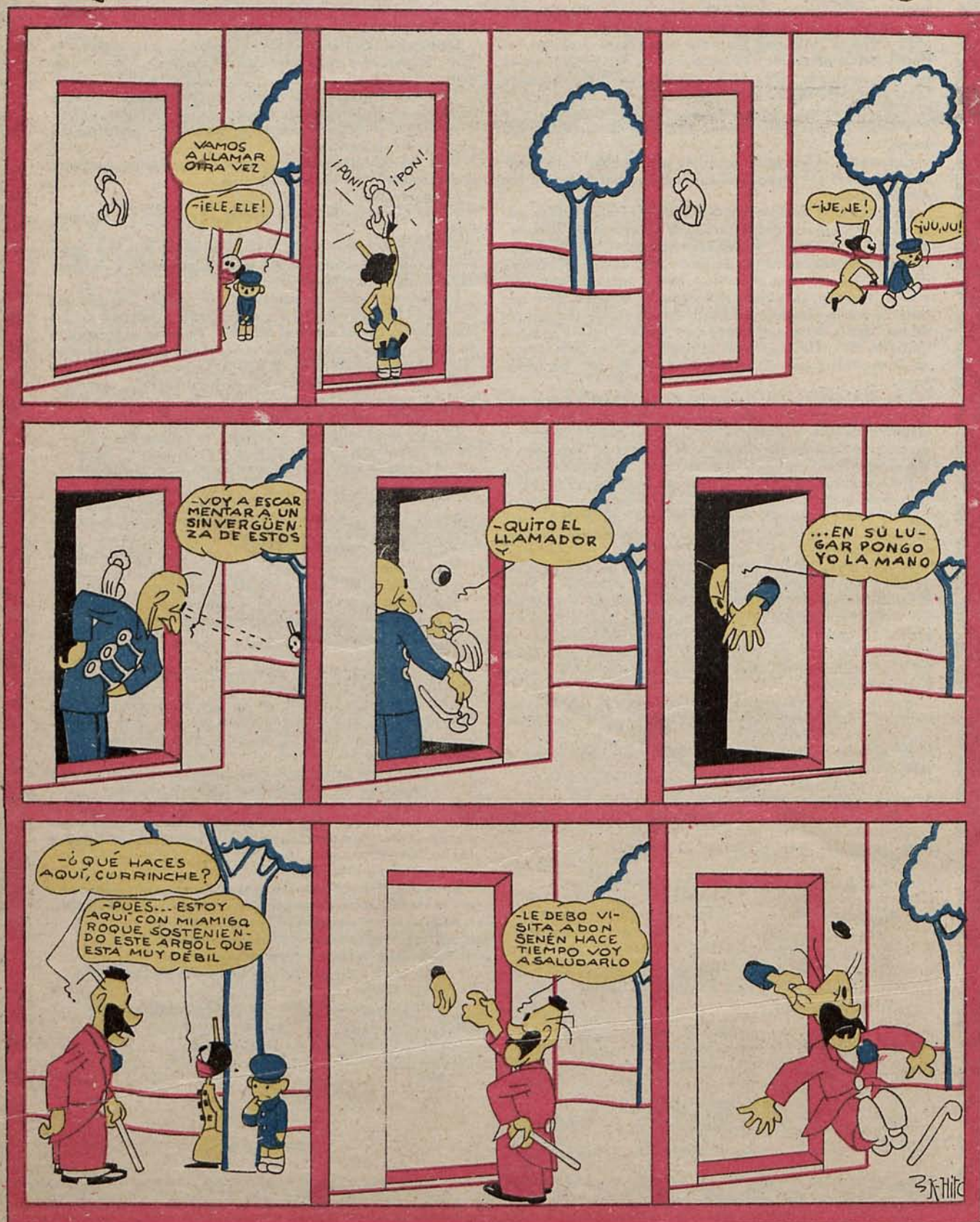
—No se sirva de intérprete.

—¿Dónde encontrarlo?

(Continuará en el número próximo.)

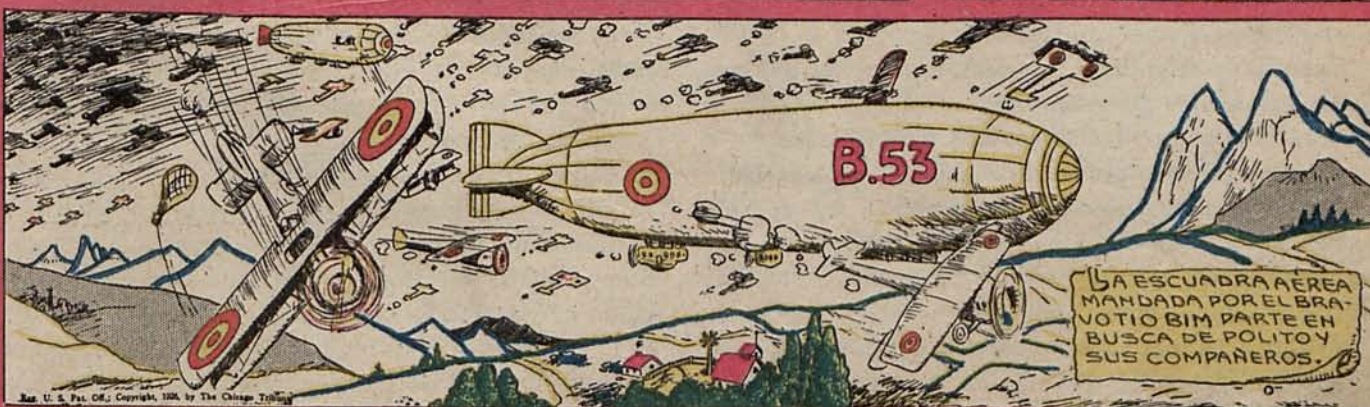


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

CONFORMIDAD CON LA SUERTE

Castillo

DESEAR lo que se necesita es naturalísimo, y desear lo que no se tiene, mientras no se trate de pedir peras al olmo, es también muy natural y plausible, porque de la aspiración a mejorar nacen los adelantos en las artes, ciencias, industrias y atractivos honestos de la vida. Si el desnudo no ambicionase vestirse, el hambriento comer, el enfermo curarse, el que tiene necesidades de cualquiera clase remediarlas, la Humanidad se habría extinguido en sus comienzos, y si el pobre no pretendiese dejar de serlo, el ignorante aprender, el que se halla en cualquier situación, por buena que sea, mejorarla, llevaríamos la vida de los salvajes que, aun hoy, pueblan algunas regiones de la tierra. Todo progreso tiene por causa el esfuerzo de cada cual por mejorar su condición. La suma de esos esfuerzos individuales constituye el progreso general de la Humanidad.

Ese esfuerzo no debe consistir en pedir a la suerte que trabaje por uno, sino en trabajar uno mismo, en lograr lo que pretende. Renegar y maldecir de la suerte, como muchos tienen por hábito, o desesperarse por la inutilidad o poco fruto de los esfuerzos que se hacen por mejorar, es la mayor de las tonterías, porque a nada conduce y porque es irrazonable.

Cuando no salen bien las cosas, a pesar de ponerse todos los medios para llevarlas a buen fin, es porque esos medios no son los adecuados para el logro de lo que se pretende, no por mala suerte. Además suele acontecer que los que más se lamentan de su mala suerte son los que fían sólo a ella la buena marcha de sus asuntos, sin tomarse por su parte ningún trabajo por llevarlos por buen camino.

El que achaca a la fortuna sus contratiempos, hace como aquellos niños que si dan un tropezón con un objeto y se lastiman la emprenden a golpes con ese

objeto, como si fuera culpable de su torpeza o de su imprudencia.

No nos quejemos, pues, de la suerte. Acepte cada cual la que Dios le haya deparado, sin que dejemos por eso de trabajar con inteligencia y con constancia en mejorar y perfeccionar nuestro cuerpo y nuestro espíritu por cuantos medios morales y útiles estén a nuestro alcance.

No imitemos a Toribia, niña de diez años, hija de unos honrados obreros, tan quejosa de su suerte, tan mal hallada con su destino, que se hacía insoportable la vida.

Un día le había mandado su madre al campo a recoger ciertas hierbas que necesitaba para hacer unas tisanas para su abuelita, que estaba enferma, y volvió a su casa llorando porque cuando estaba entregada a la tarea que se le había encomendado vió que una niña que pasó en un lujoso coche con una señora de edad, que debía ser su madre, ejecutaba la misma tarea que ella sin molestarse, mandando a su lacayo que recogiera las hierbas y se las llevara al coche.

Al llegar Toribia a su casa y al presentarse a su madre, arrojó la cesta al suelo con ademán de despecho.

—¿Qué modos son esos, Toribia? —le preguntó su madre, enojada.

—Es que soy muy desgraciada, madre —le contestó Toribia prorrumpiendo en sollozos.

—¡Qué! ¿Te ha pasado algo malo?

—Me ha pasado, madre, que mientras yo tenía que agacharme para recoger las hierbas, una niña que pasó en un coche cerca de mí las recogía sin moverse, haciendo que un criado las buscara y se las diera.

—¿Y qué quieres hacerle, hija? Esa niña te llevaba la ventaja de ir en coche. Pero ¿sabes tú si es enclenque y enfermiza, o si padece alguna dolencia que la





amargue la vida, o si tiene alguna otra desgracia que ignoras, mientras que tú eres fuerte como un roble y nada te falta de lo necesario, porque te lo dan tu padre y tu madre, que, aunque no son tan ricos, ganan lo bastante para vivir honradamente? Tú sólo miras a los que están por encima de ti, pero no a los muchísimos que están peor y tienen menos que tú. Si esa misma niña que has visto piensa lo mismo y sólo mira a los que están mejor que ella, se creará tan desgraciada como tú te crees. Ella quizá no tenga más que un coche, mientras otras niñas tienen dos, tres y cuatro o más. ¿Y quién te dice que no haya otras mil, y quizá te cuentas tú entre ellas, más bonitas, más simpáticas y de más talento? Figúrate que esa niña sea inferior a ti en alguna de esas cosas, ¿no tendrá más motivos para envidiarte de los que tú puedas tener para envidiarla a ella? Porque lo que a ti te falta ahora puedes algún día tenerlo; pero si lo que a ella le falta es talento o hermosura o salud o atractivo, le faltará siempre, pues esas cualidades no se adquieren, sino que las da la Naturaleza. Mira siempre a los que están por debajo de ti, nunca a los que están por encima.

—Usted misma me da la razón, madre, cuando me dice que hay niñas que están peor que yo.

—Te lo digo poniéndome en el mismo terreno en que tú te pones, no porque no crea que hay muchas que tienen menos que tú y son más dichosas; aún más: desde ahora te digo que cualquiera de ellas que no se pase la vida como tú, lamentándose de su suerte, es más dichosa que tú. Nadie sabe dónde está la felicidad ni en qué consiste; pero desde luego te aseguro que no consiste en ir en coche... ni en ir a pie tampoco.



Posible es que haya quien ande a rstras, por faltarle las piernas, y sea más feliz que muchos que lo compadecen.

Reflexionestan prudentes no enmendaron a Toribia. Cierta día tuvo un violento altercado en la escuela con otra niña, sólo por la envidia que le dió el verla premiada por su aplicación, habilidad y buena conducta. Va-

lióle una buena reprimenda de la maestra, pero ni aun así escarmentó, pues a los pocos días tuvo un formidable berrinche porque se le derramó el tintero y le estropeó una plana que había escrito con el mayor cuidado, y de la cual estaba satisfechísima. Arrojó la plana al suelo y la pisoteó iracunda. En seguida hizo lo mismo con el cartapacio, como si fueran ellos los causantes de su desgracia.

Acercóse la maestra y le preguntó:

—¿Qué haces, Toribia?

—No tengo la culpa de nada —le contestó Toribia—; ha sido el tintero que se me ha derramado y me ha echado a



perder la plana que tenía ya acabada. Tengo muy mala suerte para todo; no hay cosa que me salga bien; soy muy desgraciada.

—No creas que eres desgraciada, sino torpe y violenta. ¿Qué culpa tienen la plana ni el cartapacio de tu precipitación y falta de cuidado? Si has volcado el tintero al ir a mojar la pluma, la culpa no es del tintero, que no tiene voluntad ni pensamiento, sino tuya. Dices que se ha derramado: no es verdad; tú lo has derramado, porque él solo no se derrama. Si hubieras mojado la pluma con cuidado no lo habrías volcado. No te castigo porque bastante castigada estás ya por tu torpeza. Ahora lo que tienes que hacer, y al momento, es limpiar la mancha del pupitre, colocar el tintero como estaba, recoger el cartapacio y volver a escribir la plana. Todos esos trabajos te habrías ahorrado si hubieras sido más cuidadosa; pero así irás aprendiendo.

Muchos incidentes como los referidos le ocurrieron a Toribia antes de que escarmentara y se hiciera razonable y juiciosa. Al fin acabó por serlo a fuerza de tropezones y enmiendas. Acabó por convencerse de que su suerte no era peor que la de todo el mundo, y se conformó con ella. Comprendió que la dicha no depende de poseer más bienes materiales que el vecino de enfrente, sino de una vida ordenada y tranquila, ocupada en fines nobles y elevados.

FIN

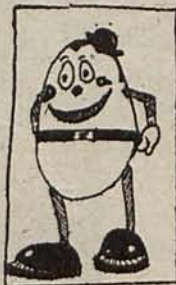
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



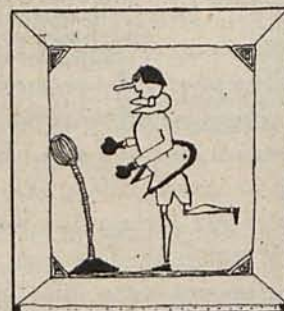
Pescando ranas.
ANDRÉS SANTOYO. Diez años



Chapete
LUIS GAROIA DI MARCO.
Diez años.



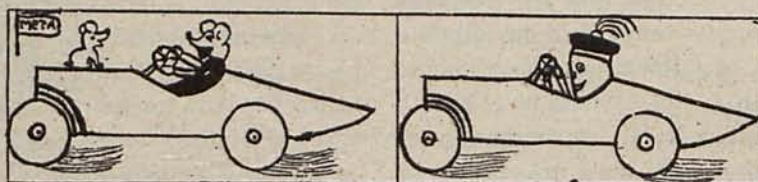
Cañamón.
JOSÉ RAMIRO.
Nueve años.



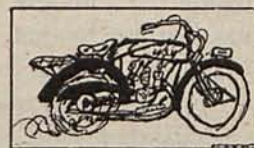
Pinocho, pugilista.
A. S.



Un perro bien educado.
MARÍA NIETO MOLINA.



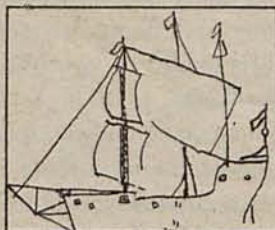
Roequeso, vencedor.—FELIPE BUSTAMANTE. Doce años.



Una N. S. U.
J. PAREDES PUCHE. Catorce años.



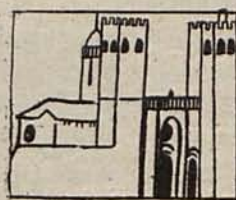
¡Usted perdone, señor ladrón! ¡Creí que era mi marido!—RAFAEL VALIENTE.



Carabela.
ENRIQUE DELGADO. Once años.



Un futbolista.
MIGUEL ALMIÑANA.



La Catedral de Sigüenza.
CONCHITA DE GRANDES.
Trece años.



—¿Quiénes son esos dos señores?
—Un gentilhombre y un grande de España.
PILAR GILLIS.



Llegada.
GABRIEL MONJE. Diez años.



Chapete.
FRANCISCO P. MIRAVETE.



Tomando el té.
LUISA LÓPEZ..



Mi perrito.
MIGUEL A. CASTELLANOS.



Mi casa.
MAGDALENA RECASÉNS. Once años



Anita y Pelucho.
AMELIA NEYRA.



El pollo Fruta.
OCTAVIO VALIENTE.



Un chino.
S. PERNAN.



Un auto.
JULIÁN ORDEN. Trece años.



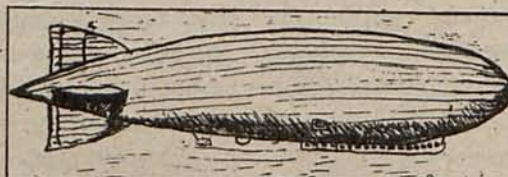
Currinche y Don Turulato.
AMPARO MARTÍNEZ. Once años



Mi perro favorito.
JESUSA MORALES.



Vuelta de pesca.
F. LETAMENDIA.



Sevilla Buenos-Aires, en dirigible.
JORGE V. RADAELLI. Catorce años.

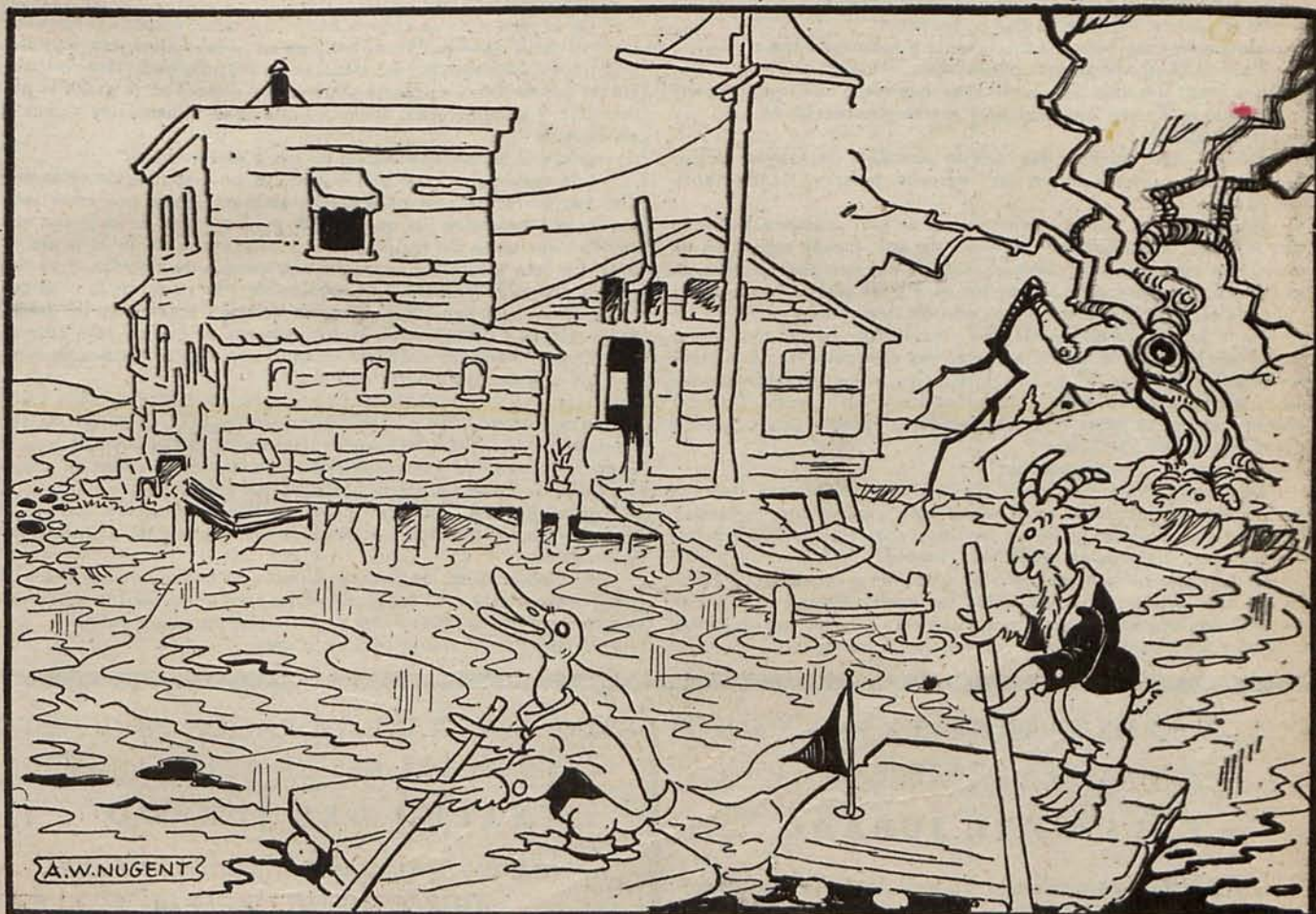


Bordini en el circuito Lasarte.
JOSÉ RAMÓN. Once años.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accedits con diploma entre dos Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

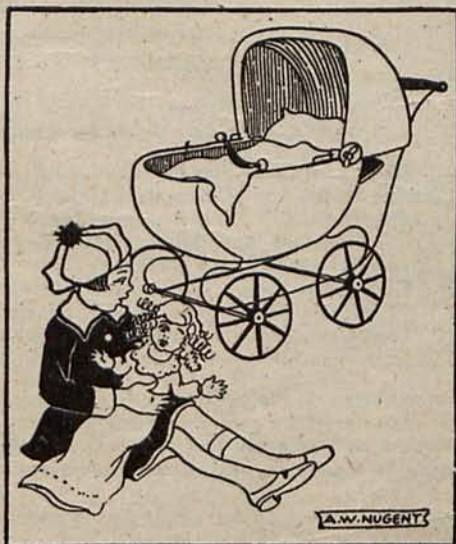
NAUFRAGIO



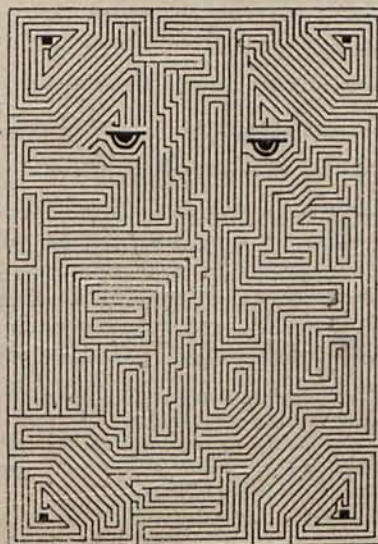
En esta casa de baños ha ocurrido una catástrofe. Han naufragado dos gansos y una cabra, que bogaban en una barca. La cabra, como veis, y un ganso se han salvado en sendas balsas, no así el otro pobre ganso, que se ha ahogado. ¿Dónde se halla?

DIBUJO CON ERRORES

Este dibujo contiene seis errores o defectos, que habéis de encontrar. Uno de ellos, por ejemplo, es que al coche le falta una rueda. ¿Cuáles son los otros cinco?



LABERINTO



He aquí un laberinto original. No hay que entrar ni salir por ninguna puerta. El recorrido consiste en ir de un ojo a otro. ¡Ya veis que es bien fácil!



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chonón?
 —Si te parece, vamos a hablar de las focas.
 —Me parece muy bien. Es interesante y curioso el tema.
 —Pues ya tienes la palabra. Cuéntame.
 —Las focas son animales carnívoros, que viven en el mar o en sus proximidades. Tienen una piel muy fuerte y cubierta de pelo. Su sangre es caliente.
 —Parece algo extraño que siendo animales de sangre caliente vivan con preferencia en las regiones polares, donde tanto frío hace.
 —No es raro si tienes en cuenta que su piel es impenetrable al frío. Además, están dotadas las focas de una espesa envoltura de grasa, que conserva muy bien el calor de sus cuerpos. La boca de las focas es muy parecida a la de los osos y los perros.
 —Será temible el encuentro con uno de estos animales.
 —Nada de eso. Es animal pesado y muy torpe en sus movimientos, lo que hace que su poder agresivo sea casi nulo. Hay dos grandes especies de focas. El carácter distintivo más apreciable que separa estas dos especies son las patas. En la foca común, llamada lobo marino, estas patas están casi unidas y parecen dos pequeños remos dispuestos para nadar.
 —¿Y no puede andar con ellas?
 —De ningún modo. En cambio, la otra especie de foca, llamada otaria u oso marino, tiene estas patas más separadas y dispuestas de forma que con ellas puede andar y aun correr bastante de prisa.
 —No viven más que en los Polos, ¿verdad?
 —El oso marino es el que más se aproxima a las regiones polares. La foca ordinaria vive en todos los mares, aunque con preferencia en los muy fríos. Tanto una como otra especie van escaseando mucho por el ensañamiento con que se las persigue.

—Servirán para algo.
 —En la foca todo es aprovechable. Su carne constituye un excelente alimento; sus huesos se utilizan en la fabricación de juguetes y objetos de adorno; la piel, después de curtida, es de una resistencia tal que se cotiza a precios altos en los mercados; la grasa es alimenticia, y se aprovecha, además, para fines industriales y para el alumbrado.
 —¿Para el alumbrado, habiendo gas y electricidad?
 —Los esquimales, querido Chononcito, no disponen de estos medios tan perfectos, y utilizan para alumbrarse unas pequeñas lámparas, que consisten en una vulgar piedra donde se ha hecho una cavidad que sirve de recipiente al aceite extraído de la grasa de foca. En este aceite se impregna una torcida de algodón, y ya tienes dispuesta la lámpara. Los esquimales, por razón de la zona tan fría que habitan, son los que más en relación están con las focas. Sus vestidos y calzados son exclusivamente de piel de este animal, y hasta sus tiendas de campaña están construidas con pieles de foca.
 —¿Y qué tamaño tienen las focas?
 —Hay una variedad, llamada elefante marino, que mide hasta nueve metros de largo por seis de circunferencia. A pesar de tan enorme tamaño, tiene tal torpeza para andar por el suelo, que se la coge con facilidad extraordinaria. Esto ha sido la causa de que la variedad de focas elefantinas esté ya casi extinguida.
 —¡Qué lástima! Debieran prohibir esta persecución, porque si no estoy viendo que van a acabar con una especie de animales tan interesante.
 —El Gobierno de los Estados Unidos ha tratado varias veces de poner coto a esta caza tan desmedida; pero no es fácil ni casi posible remediarlo, porque al mar no se le pueden poner vallas.
 —Tienes razón; el mar es muy grande.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

FALLO DEL JURADO

*PREMIOS consistentes en preciosos libros de
CUENTOS DE CALLEJA*

- Primer premio..** José M.^a de Quirós.
Segundo premio: Manolita P. ada.
Tercer premio.. Anselmo Marichalar.
Cuarto premio.. Norberto P. Labiaga.
Quinto premio.. Juan Gonzalo Heredia.

*ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de
PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado.*

Maria Castelnou, Jaime Pizarroso, Gregorio Olivar, Mercedes Palomo, José M.^a Irigoyen, Manolita Cruz, Jaime Sureda, Jacinto Prieto, José Segrell, Luisa L. de Losada, Enrique Castán, Juan Guerrero, Isabel Ponte, Ricardo García, Petra Camargo, Antonio Mendieta, Gonzalo Esteban, Godofredo González, Marcelino Fernández, Eloísa Montejo, Otilia Crespo, Rosalía Sánchez, Conchita A. Neyra.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar este número se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con *accésit* deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE ABRIL

FALLO DEL JURADO

*PREMIOS consistentes en preciosos libros de
CUENTOS DE CALLEJA*

- Dibujos...** { *Prim. premio..* Antonio Díez Sandes.
Segundo premio: R. Gascón.
Cuentos... { *Prim. premio..* Víctor Fernández.
Segundo premio: América Matilla.
Chistes... { *Prim. premio..* Rosita Sarmiento.
Segundo premio: Lorenzo Menéndez.

*ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de
PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado.*

Dibujos: Luisa Blaque, Eustaquio Ureta, Manuel M. Chaboy, Emilia Martz, José M. Kowalski, César F. Luengo, Araceli Casajús, Carlos Soto, J. I. B., Víctor José Gil, Antonio Maribona, Carlos Frías, Mercedes Rey, Julián Orden, Eugenia Pereyra, Mercedes Arrarte Huete, Miguel Albiñana, Eustaquio Ureta.

Cuentos: Pepita B., Antonio Vildasoles, Gregorio Peces, Enrique Riquelme, Aurorita Carrasco, Amalia Mares.

Chistes: Anita Casariego, Amparito, Luisa Gil, José Marca, Adolfo Alvarez.

PLANTILLA remitida por

D.

Población

Calle núm.

Provincia

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1.	Cupón número 2.	Cupón número 3.	Cupón número 4.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 5.	Cupón número 6.	Cupón número 7.	Cupón número 8.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 9.	Cupón número 10.	Cupón número 11.	Cupón número 12.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.

VÉANSE LAS INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTA PLANTILLA EN LOS NÚMEROS ANTERIORES

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA

Caracoles.—No creáis, al leer el título de esta charla, que yo he querido exclamar «¡Caracoles!»; eso no sería del todo

digno de una muñeca bien educada. He puesto «caracoles» sencillamente porque del

caracol, col, col,

que

saca los cuernos al sol,

vamos a charlar hoy.

Vamos a ver; ¿qué sentimientos os inspira este molusco? A mí me inspira varios.

El primero de todos es, lo confieso, un poquito de repugnancia: ¡es tan baboso! El segundo es algo de conmiseración: ¡qué duro y pesado debe de ser eso de llevarse siempre la casa auestas! ¡A cualquier hora íbamos nosotras a hacer otro tanto! El tercero es un poco de envidia: ¡debe de ser tan práctico eso de no tener que mudarse nunca y de poder viajar adonde uno le dé la gana, sin necesidad de pagar fondal! El cuarto es la admiración: ¡es tan fuerte, tan formidablemente fuerte el caracol! Como que, en proporción a su volumen, es mucho más fuerte que un hombre y hasta que un elefante. ¿Queréis probar la fuerza del caracol? Nada más sencillo: se cogen dos palitos o dos lápices, se coloca encima una tablita y se la va cargando progresivamente de calderilla; después de enganchar un caracol a todo ello; pues bien, el caracol llegará así a tirar fácilmente de un peso superior a doscientos sesenta gramos, y como él mismo pesa poco más de siete gramos, resulta que tira de una carga treinta y cinco veces superior a su propio peso.

Y es como si un niño que pesase cuarenta kilos tirase de una carga de mil cuatrocientos kilos, o un hombre que pesase cien kilos —que ya es pesar— tirase de una carga de tres mil quinientos kilos. Y lo que es eso... ¡ni Uzcudun!

Otro de los sentimientos que me inspira el caracol es la alegría... cuando encuentro muchos, porque entonces organizo en seguida una carrera.

Las carreras de caracoles no serán tan vistosas, ni tan elegantes, mí, sin duda, tan rápidas como las de caballos...; pero

no son menos divertidas.

Se reúnen varios niños, cada cual escoge su caracol y se colocan todos los caracoles en fila; luego, ¡jarre! A ver cuál llega antes a la meta. El vencedor es premiado con una hojita de lechuga y

su dueño con un caramelo u otra golosina por el estilo.

Aún me inspiran los caracoles dos sentimientos más: uno es el deseo de trabajar, es decir, de reproducirlos a punto de cordón o de cadeneta para adornar un mantelillo, un babero, un delantal o una inicial bordada, como podéis ver en esta misma página.

Y, por último, los caracoles me abren el apetito y despiertan mi golosina, pues no ignoráis, sin duda, que constituyen un manjar sabrosísimo, sobre todo si se guisan según la receta que indico a continuación y que es muy oportuna, ya que los caracoles, lo mismo que las ostras, deben comerse únicamente de octubre a abril, o sea en meses con R. Durante el verano su sabor suele amargar algo.

Al hablar del caracol me refiero, naturalmente, al de las viñas, que todos conocemos; por cierto que sucede con estos moluscos una cosa curiosa: todos los caracoles que encontramos en los jardines nos parecen iguales, ¿verdad? Pues bien, hay entre estos «caracoles de las viñas» tal variedad que comprende nada menos que mil seiscientas especies diferentes.

A lo mejor al caracol le sucede lo mismo con nosotras: todas las niñas y todas las muñecas le parecerán iguales y, sin embargo, ya veis si hay diferencia entre...

Pero volvamos a nuestra receta, que ya estaréis deseando comunicársela a vuestra mamá.



PIRULA, COCINERA

Receta de noviembre: Caracoles Conchita.— Llamo a estos caracoles «Conchita», primero porque tienen concha y segundo porque siempre habrá entre mis lectorcitas alguna Concha, a quien le dedico la receta.

Para hacer hervir los caracoles se echa en una olla agua con un puñado de ceniza; cuando el agua empieza a hervir se echan los caracoles en la olla y se dejan que hiervan durante unos veinte o veinticinco minutos. Entretanto se prepara un caldo de agua, sal, cebollas y zanahorias cortadas, perejil, tomillo, laurel y ajo.

Hervidos los caracoles, se sacan de la olla, se separan de sus conchas y se vuelven a hervir durante un cuarto de hora en este caldo. Se sacan y se secan cuidadosamente los caracoles y las conchas.

Para cincuenta caracoles se coge un cuarto de kilo de mantequilla fina y se mezcla con perejil, ajo picado muy menudo, sal y pimienta.

Se introduce en el fondo de cada concha un poco de esta pasta, luego se mete el caracol y, por último, se tapa con otro poco de pasta de mantequilla.

Se colocan en una fuente todos los caracoles, unos al lado de otros, y se dejan un momento en el horno y se sirven muy calientes.

